



DIDACTICA GEOGRAFICA

N.º 7 - Mayo 1981

CONSEJO DE REDACCION

Alfredo Alonso-Allende Yohn
Francisco Calvo García-Tornel
José Manuel Casas Torres
Pedro Chico y Rello
Alfredo Floristán Samanes
José Ibargüen Soler
Martín Lillo Carpio
Francisco López Bermúdez
Rodolfo Núñez de las Cuevas
Isidoro Reverte Salinas
José Sánchez Sánchez
Antonio Serna Serna
Luis Solé Sabarís
Manuel de Terán Alvarez
Juan Torres Fontes
José M.ª Torroja Menéndez
Juan Vilá Valentí

DIRECTOR: Pedro Plans

SECRETARIOS DE REDACCION:

José Luis Andrés Sarasa
José Luis González Ortiz
José M.ª Sancho Piniñlla

SUMARIO

- Isidoro Reverte Salinas: *Necesidad de la Didáctica* pág. 3
- José Manuel Casas Torres: *Núñez de las Cuevas y la Geografía española* . . . pág. 9
- J. Cardona Pescador: *El aborto, última instancia de la contracepción* . . . pág. 11
- María Pilar de Torres Luna: *La Geografía descriptiva a través de una bibliografía actual y seleccionada* pág. 15
- J. A. Ibáñez Martín: *Bases de la tolerancia* pág. 63
- Historia del pensamiento geográfico:
John Leighly: *Carl Ortwin Sauer (1889-1975)* pág. 67
- Orlando Ribeiro: *Reflexiones sobre el oficio de geógrafo (Continuación)* . . pág. 83
- Materiales didácticos y bibliografía:
Douglas Botting: *Humboldt y el Cosmos. Vida, obra y viajes de un hombre universal (1769-1859)* pág. 93
- A. López Quintás: *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre* pág. 95

Bases de la tolerancia

J. A. Ibáñez Marrín

Catedrático de la Universidad Complutense, de Madrid

Es un fenómeno repetido a lo largo de la Historia que cada época tiene su peculiar sensibilidad, por lo que algunos valores adquieren un especial prestigio ante quienes son hijos de su tiempo, incluso por encima de las personales perspectivas ideológicas, no siempre compaginables —en realidad— con su esencia.

Uno de los valores que hoy gozan de mayor predicamento es la tolerancia. Puede comprobarse, simplemente, observando cómo se habla de ella en términos laudatorios, mientras que la intolerancia es reprobada en todas las ocasiones. Pero es claro que, si no queremos reducir la tolerancia a una palabra hueca, necesitamos saber, con la máxima exactitud, su verdadero sentido y las condiciones que la hacen posible, de modo que podamos distinguir la auténtica y duradera tolerancia de la que es falsa y efímera. Por supuesto que es falsa la tolerancia hipócrita, es decir, la que esgrime el débil como un medio en su táctica para defenderse del fuerte, y de la que se olvida en cuanto tiene más poder que sus adversarios. Sin embargo, hay también otros modos erróneos de defender la tolerancia, pues, aunque quieran presentarse como su forma más perfecta, a causa de su débil consistencia interna o de su deficiente base, impiden responder a los ataques que provienen de las filas de los

intolerantes o abren la puerta a graves errores que desacreditan la viabilidad de la actitud tolerante.

En efecto, es imprescindible mostrar que la tolerancia no constituye ni una descomprometida y superficial postura relativista ni un puro y simple *laissez-faire*. La tolerancia, por el contrario, es una dimensión de la estructura moral del hombre que capacita para aguantar con buen ánimo la existencia de una variedad de pensamientos y de actuaciones en los demás, que quizá puede dificultar la eficacia y hasta puede llegar a causarnos ciertos daños personales; incluso ocasionarlos a la sociedad en la cual convivimos. La tolerancia, así, es una parte de la fortaleza y, como ella, tiene su fundamento en la intensidad con que se aman los objetivos para cuyo logro es preciso pasar por dificultades de diverso tipo.

Pues bien: los objetivos que pretendemos obtener mediante la tolerancia son, fundamentalmente, tres. El primero consiste en actuar respetando la dignidad de la naturaleza humana, caracterizada por una libertad que no sólo puede escoger lo bueno, sino también lo malo, y por una inteligencia que no es intuitiva, sino discursiva, de forma que no conoce la verdad sin pasar por muchos esfuerzos y no pocos errores. Consiguientemente, la tole-

rancia pide que no todos los males se repriman y que no se exija a todos los hombres que alcancen la verdad, y al mismo tiempo. En efecto, quien actuara de modo contrario a estas ideas manifestaría, con sus obras, que considera haber un error trágico, una corrupción interna en nuestra naturaleza, a la que debería ponerse algún remedio, lo que en última instancia justificaría las arbitrariedades de cualquier iluminado. Ahora bien, las dificultades para captar la verdad no son argumento suficiente para concluir, con Voltaire, que no hay verdad alguna, sino sólo opiniones, y, además, todas ellas insensatas. Quien, a pesar de Aristóteles o de Hegel, sigue defendiendo posiciones escépticas quizá no cae en la cuenta de que está abonando el terreno para que surjan otros que, en vez de estimar la dignidad humana como una verdad objetiva a la que debemos referirnos, la tengan como una más de las opiniones de los esclavos —podrían decir con terminología nietzscheana— y quieran sojuzgar a los demás con sus caprichosas ocurrencias de superhombre.

En segundo lugar, la tolerancia es expresión del deseo de respetar la diversidad de dones que hay entre los hombres, lo que se traduce en no dificultar la iniciativa ajena que busca la plenitud de su propia personalidad. Por ello, la tolerancia mueve a que no pretendamos la uniformidad en la sociedad, a que abandonemos el sueño igualitarista como una mala pesadilla y a que nos dispongamos a respetar el estilo que cada uno desea imprimir a su propia existencia. Sin embargo, es preciso señalar que hablamos de respeto y no de esa forma de desprecio que es la indiferencia ante la suerte de los otros (distinción que tiene muy importantes consecuencias prácticas), del mismo modo que la legítima diver-

sidad a la que nos referimos no es la disparidad de conductas que puede darse entre quienes son capaces de olvidar su naturaleza, incurriendo en esa deshumanización ya denunciada lúcidamente por Ortega. Quede claro, pues, que *la tolerancia no significa un completo permisivismo*, actitud tan cómoda como nociva en el mundo de la educación e imposible en el de la sociedad, por bien obvias razones.

En tercer término, la tolerancia trata de respetar las características propias de los distintos ámbitos del hacer de los hombres, sin pretender instrumentalizarlos, poniéndolos al servicio de las obsesiones de cada uno. En consecuencia, un científico, por ejemplo, será tolerante si no intenta imponer en los restantes científicos la metodología específica de la sola ciencia que él cultiva; así como un político tolerante será quien no piense que los criterios políticos son válidos a la hora de enjuiciar todas las realidades humanas.

Ha de hacerse notar, por último, que gozar de una sociedad en la que crezca la auténtica y duradera tolerancia no es algo que se de por generación espontánea; al contrario, será fruto de la conjunción de numerosas investigaciones y esfuerzos. Esfuerzos de una depurada reflexión filosófica, que haga ver la importancia de los objetivos señalados y que, a su vez, fije los márgenes en los que la tolerancia debe moverse. En efecto, la tolerancia, como toda virtud, necesita de la ayuda de la prudencia para conocer su justa medida, pues así como no es valiente el temerario, tampoco se calificará de tolerante a quien se deja deshonrar o matar sin oponer resistencia. No cabe duda que hay cosas que jamás pueden tolerarse, porque destruyen directamente ese respeto a los

demás, que está en la base de la tolerancia; hay otras, en cambio, que deberán, o no, tolerarse, según las concretas circunstancias en las que se encuentre cada sociedad.

También es decisiva la investigación pedagógica, que nos indica la necesidad de cultivar una actitud personal de serenidad de ánimo, de moderación, que no puede confundirse con una imperturbabilidad estoica, en último extremo aniquiladora; investigación que procura, también, determinar los medios más eficaces para desarrollar tal actitud, a través de la educación, primeramente en las jóvenes generaciones.

Pero nadie considere que ésta es una labor reservada a especialistas. A todos se nos exige tener la fortaleza suficiente como para proteger de ataques irresponsables los valores esenciales sin los que una sociedad no puede sobrevivir. Y a todos, pero esencialmente a quienes ejercen funciones de poder, se nos pide la finura de espíritu necesaria —prudencia política, como diría el recientemente desaparecido Leopoldo Eulogio Palacios— para fijar el ámbito en el que haya de moverse la libertad de los ciudadanos.

